CAMBIO DE PRODUCTOS LITERARIOS

En una de mis correspondencias quincenales a La Nación de Buenos Aires, publicada en el número de 16 de enero de este año en dicho gran diario suramericano, contaba yo el resultado de una pesquisa que hice en el catálogo de la biblioteca del Ateneo de Madrid al día siguiente da habernos en él hablado su presidente, el Sr. Labra, de la necesidad de estrechar lazos con la América hispánica y cómo de esa pesquisa resultó que faltan en la tal biblioteca las principales obras literarias y científicas con que esa América ha contribuído al pensamiento universal. Recuerdo más, y es que a raíz de una conferencia que dí yo en ese Ateneo pidieron algunos socios que se adquiriesen las obras de Domingo Faustino Sarmiento, el poderoso escritor -no pongo por encima de él a ninguno de los escritores españoles del pasado siglo- el espíritu genial y bravío, el autor del inmortal Facundo, el que escribió en sus Recuerdos de Provincia las páginas más intensas y conmovedoras de autobiografía que yo he leído en nuestra lengua, una gloria y un orgullo, en fin, de la casta ibérica. Y, en efecto, ni tales obras estaban en el pasado mes de diciembre en el Atebeo ni he logrado que apenas se interese aquí nadie por Sarmiento, que en realidad está aún para el gran público, por descubrir en España.

¿O es que en España hay gran público y no más bien varios públicos chicos y muy chicos, ínfimos? El hecho es que todo ese tópico de la hermandad espiritual hispano-americana es el más huero lugar común que conozco y que maldita la curiosidad que hay aquí por conocer bien aquellas naciones de lengua española en las que se nos conoce muchísimo mejor que nosotros a ellos, lo que, por lo demás, no es nada difícil.

Pues bien, un español benemérito radicado en Buenos Aires, D. Juan Roldán, fundador de una librería "La Facultad" y editor generoso y valiente de obras maestras argentinas, ha hecho circular por la Argentina entre los autores una petición de que envien sus obras al Ateneo. El, por su parte, el Sr. Roldán, se propone regalar al Ateneo de Madrid una colección de obras de autores argentinos.

Empieza la circular del Sr. Roldán a los escritores argentinos citando un párrafo de mi correspondencia a La Nación, habla después de mí de tal modo que yo no he de citar aquí sus palabras, manifiesta su propósito de regalar al Ateneo esa colección y luego añade:

"Mas como las obras por mí editadas, que son las que me propongo enviar, aun siendo numerosas, no son todas las producidas por la inteñectualidad argentina, y mi deseo sería que en los estantes de la Biblioteca de aquel importantísimo centro cultural no faltase ni una sola de tales producciones, con el objeto de que todas ellas fuesen conocidas como merecen, me permito solicitar su adhesión que concreto rogándole el envío de algún ejemplar de las obras de que es usted autor, con su dedicatoria, para unirlas a la colección de las que me propongo remitir muy en breve, entre las que figuran las de los autores siguientes: Sarmiento, V.F. López, J.V. González, Saldías, Ruiz Moreno, Leguizamón, Sicardi y otros".

Nombres que a la inmensa mayoría de los españoles cultos, y aun a los más de los que andan con el estribillo ese de la hermandad hispano-americana les sonarán a cosa más que rara. ¿Qué español, v.gr., se habrá tomado el trabajo -que es un placer, lo digo yo que lo he tomado- de leer los diez volúmenes de la Historia de la República Argentina, su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852 de don Vicente F. López, obra llena de vida, de pasión, de colorido y de profundas enseñanzas para nosotros los españoles?. !Antes!Antes leerán una historia de Suecia o del Japón!. Y, sin embargo, es difícil que pueda haber historia de pueblo alguno más instructiva para los españoles que la de una cualquiera de aquellas naciones que de la nuestra brotaron. La de la Argentina, desde su independencia hasta la caída del turano Rosas en Caseros y aún después, es de lo más sugestivo que se le puede ofrecer a una inteligencia española. Nos enseña sobre nuestro espíritu tanto o más que nuestra propia historia.

El benemérito D. Juan Roldáb se propone dotar a la biblioteca del Ateneo de Madrid con una colección, lo más completa posible, de autores argentinos y celebro haber sido la ocasión de ello. Desde luego enviará las obras que él mismo edita. Ahora mismo acaba de emprender la empresa de una "Biblioteca Argentina" dirigida por D. Ricardo Rojas, uno de los más sólidos a la vez que brillantes ingenios argentinos, a quien ya tuvieron ocasión de oir en el Ateneo de Madrid. De esa Biblioteca argentina he visto los seis primeros volúmenes, con obras de Mariano Moreno, el teorizador de la independencia patria, de Esteban Echeverría, el romántico patriota, de J.B. Alberdi, de pura sangre

DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES

vasca, áspero censor y fundador del verdadero derecho constitucional argentino, de Sarmiento, de N. Avellaneda, de Juan Cruz Varela. Y anuncian ya otros seis volúmenes más, entre ellos el Martín Fierro, de José Hernández, ese portentoso poema popular que debía ser popularísimo entre nosotros y en donde parece que el espíritu ibérico vuelve a sus más heroicos tiempos. Nunca he sabido explicarme desde que leí el Martín Fierro y escribí sobre él, hace más de veinte años, cómo no se ha popularizado en España ese producto espirituzl argentino que es tan genuina y tan netamente español. Verdad es que tampoco me he explicado cómo la historia de Juan Moreira el famoso bandido, tal cómo como la contó Ricardo Gutiérrez, no corre entre nosotros y no nos es Moreira tan conocido como José María o Diego Corrientes, pues que es tan nuestro como ellos y merece ser tan conocido como ellos lo son.

Pero es que aquí ni se sabe de aquellas cosas ni se quiere saber. Nuestra curiosidad por lo de fuera no es muy grande, pero si ese fuera es la América de lengua española o Portugal, esa curiosidad es aún menor. ¡Cualquiera diría que no tienennada que enseñarnos o nada con que deleitarnos!.

Yo no sé si en otros órdenes -el político, el económico, etc.,- se hace algo por relacionarnos más y mejor con las demás naciones de lengua española y con las de lengua portuguesa, pero en el intelectual o cultural se hace poco, muy poco. Nuestros escritores que hablan de aquello no ven allí más que un mercado; un mercado para ellos, por supuesto. Y no se les ocurre, ni remotamente, que España pueda ser un mercado de libros americanos. ¡Como que es mucho más fácil en Madrid obtener un libro sueco o ruso que no argentino, chileno, colombiano, mejicano, etc., etc.!. A un amigo mío, que por mi recomendación y consejo, pidió una obra Ideas y observaciones, del tan sugestivo y sagaz pedagogo uruguayo Carlos Vaz Ferreira -y es una obra que debían leer nuestros pedagogos- le fué imposible obtenerla. ¡Ya se ve! ¡publicada en Montevideo!.

He oído hablar alguna vez de cierto proyecto de cambio temporal de profesores entre España y las demás naciones de lengua española, y no sé qué tal resultado daría ello, pero a cualquiera se le ocurre que mucho más fácil que cambiar hombres o autores, es cambiar sus obras. Teniendo en cuenta, sobre todo, que la mayoría de los maestros de cultura de algún valor han dejado han dejado en libros lo mejor de su pensamiento y que son raros, rarísimos, aquellos a quienes conviene más oirlos que leerlos. Y ese cambio de obras es mucho más fácil que el cambio, siquiera pasajero, de autores. Y no que se pida de aquí libros hispano-americanos para que de allí pidan los nuestros, sino al revés, que les enviemos los nuestros para que ellos nos envíen los suyos.

Me parece tener entendido que en el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes se solía adquirir o se adquiere todavía tantos o cuantos ejemplares de tal o cual obra recomendada, ejemplares que luego se reparten por bibliotecas de sociedades, instituciones o gremios, y que nadie lee. Y nadie los lee, porque esas obras que se adquieren por influencias políticas -es decir, las menos razonables, las menos racionales, las menos culturales y las más beóticas y absurdas- o para sacar de apuros a algún desdichado -es decir, a modo de limosna- suelen ser el desecho de la producción literaria o científica. ¿No sería más puesto en razón y en alta conveniencia, que se escogiera bien entre lo que se publica en España y lo enviase el Estado a un número de bibliotecas de las demás naciones de lengua española, y conseguir que de esas naciones enviasen a las principales de nuestras bibliotecas su producción respectiva?

Mientras estuve encargado del rectorado de la Universidad de Salamanca, recibí muchas veces comunicaciones de Universidades americanas, proponiendo el intercambio entre sus publicaciones y las nuestras, y siempre tuve que contestar con pena, que nuestras Universidades, como tales, no publican más que un menguado discurso de apertura cada año -y en la mayoría de los casos valdría más que no lo publicasen- y lo que cada profesor publica por su cuenta, es él quien determina si le conviene cambiarlo o no. Y si es libro de texto, única producción a que se atienen los más de nuestros profesores, vale más que no los cambien.

Nosotros, los autores, no podemos cambiar. Si yo, por ejemplo, correspondiese con todos los escritores americanos que me han enviado sus libros necesitaría destinar una buena parte de las ediciones de mis obras a tal cambio. Y por razones económicas no puedo hacerlo. Tengo una excelente y muy copiosa colección de obras americanas contemporáneas, dudo que haya en España quien la tenga más completa, pero si el adquirirla me hubiese costado el repartir otros tantos ejemplares de cada una de mis obras, me habría resultado más cara de lo que mis medios consienten. La tengo por regalo y debido al interés que me ha merecido siempre la producción literaria americana en lengua española, y a lo que he hecho por difundir su conocimiento.

Es cosa clara que un hombre que llega a cierta notoriedad -y tal es mi ca-

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS USAL ES

CASA MUSEO UNAMUNO 316

so- no puede establecer riguroso ~~intercambio~~de sus obras con las de aquellos que le envían las suyas. Y además, este cambio de libros entre los autores es uno de los más tristes síntomas del estado de las letras entre nosotros. Diríase que no leemos más que los que escribimos y que nadie lee sino aquello que le ragalan.

Mas eso que no pueden hacer los autores mismos, pueden y acaso deben hacerlo los Estados en que esos autores trabajan. Es como cuando de tal o cual sociedad o instituto o casino o juventud -las juventudes esas son atroces en esta pedigüeñería- se dirigen a un escritor pidiéndole que les regale sus obr ,sin comprender que es preferible pedirle dinero y comprar con él esas obras, a no pedirle las obras mismas. Porque es menester estimular a los libreros y que vean qua tal o cual obra se busca y se compra, aunque sea con el dinero del autor mismo. Pero es que hay gentes que se han acostumbrado a considerar que un libro ni vale ni cuesta.

Y volviendo a mi ~~primera~~ principal propósito al escribir estas líneas, las concluiré diciendo que dudo mucho de lograr que interese en España la producción literaria americana. Y es que aquí no hay público, sino publiquitos.

6 (~~Nuevo Mundo~~ La Esfera, Madrid, 29-IV-1916)

VNIVERSIDAD DE SALAMANCA CREDOS USALES